

PRIMER PUESTO

TESTIMONIO DE LA MADERA MUDA

Seudónimo: Efrateo de Belén

I

Se ha quedado el patio con un hambre de pasos que no llegan.

Las sillas, de tanto no tener pesos que las dominen,

se han puesto a crecer hacia adentro, como las uñas de los muertos.

Hay una cojera de siglos en la mesa del comedor,

un desnivel de calcio que no arregla el cartón bajo la pata muerta.

Lo que falta no es madera:

es el estrépito de la sopa enfriándose en la loza,

son los codos de los que se fueron sin decir adiós,

esa costra de presencia que sostenía el techo sin permiso de la gravedad.

Nadie sabe cuánto pesa el aire cuando ya no tiene nombres que lo respiren.

Aquí las cosas han perdido su derecho al bautismo.

La cafetera es ahora un pulmón de aluminio con asma.

Y el espejo... el espejo se ha vuelto una pared idiota,

un lago de mercurio ciego donde solo flota el polvo,

esa piel minúscula del tiempo que nos cae encima como mortaja de ceniza.

II

Le pregunto a la pared por el cuadrado de luz que falta.

Donde antes gritaba un paisaje, ahora solo queda el clavo:

un dedo de hierro oxidado señalando la nada más absoluta.

Una espina de metal. Una herida que supura silencio.

Una casa desollada que ya no sabe doler.

III

Bisagras que han olvidado el oficio del saludo.

Se han cerrado por dentro, como se cierran los puños en el último aliento.

Se han vuelto aduanas de un país sin consulado ni bandera.

Ya no hay nadie que reclame el paso con la urgencia de la carne.

Nadie que empuje el pomo con la desesperación del que vuelve de la lluvia.

La madera se hincha de humedad y de pena.

Se queja en las noches de apagón con un lenguaje de náufrago.

Tiene pesadillas de hacha mientras los marcos se retuercen en la sombra.

Es la orfandad mineral de las cosas que sobran en la mudanza del mundo.

IV

En el patio, las macetas son úteros de barro con sed de entierro.

La tierra se ha vuelto un puño cerrado de tanto no recibir agua.

Y las raíces... son nudos de ahorcado que se aprietan contra el fondo oscuro,

buscando una humedad que ya es solo humo en la memoria de la arcilla.

V

¿A dónde carajo se va el alma de una silla cuando el cuerpo desaparece?

Se queda pegada en el barniz gastado. En la raspadura del suelo.

En el odio de la pata que se niega a soltar el polvo acumulado.

Limpiamos la mugre de los que se fueron para que no se mueran dos veces.

VI

He visto a la alacena vibrar de frío en la madrugada.

Los platos, blancos y redondos como lunas de manicomio,

se amontonan en un orden de desprecio absoluto.

Tienen esa virginidad estéril de lo que no sirve para ser bocado,

El refrigerador zumba como un insecto atrapado en un frasco.

Congela el hambre de las repisas. Guarda el frío para una comida que no llegará.

Es el único corazón eléctrico que late en esta cocina de muertos.

VII

Resistir es esto: ser el último objeto que todavía suda en el cuarto.

La última bombilla que da luz aunque el cable esté pelado y queme.

Es mirar el sillón vacío y ver la huella del cuerpo como si fuera hundimiento de cal.

Cada almohada es un testigo mudo de la asfixia de las noches largas.

VIII

Si algún día logro encajar mi mano en la piedra dura del olvido,

llegaré entregando el turno de la guardia.

Cargaré en los bolsillos los clavos, las llaves muertas, las astillas.

Quedarse no es el naufragio de las cosas que sobran en la basura.

Es la soberanía de los que todavía cavilan el sueño entre las ruinas.

El orgullo de ser el clavo que se quedó sosteniendo la pared vacía

cuando todos los retratos se cayeron al suelo.

Es la resistencia del mueble que no se rompe a pesar de la carcoma.

IX

Que mientras este verso queme, la ausencia tendrá un cuerpo que tocar.

Aunque nos hayan quitado la luz, el pan y el derecho a decir «aquí estoy».

Nos queda el derecho de escupirle el nombre al vacío.

De darle lengua a las piedras y un mapa a los que no tienen a donde volver.

Absolutamente todo nos pueden quitar,

menos la soberanía innegociable de lo que soñamos bajo la manta.

Porque en esta casa de sombras, el último que se vaya no apagará la luz:

dejará el verso encendido para que el polvo no olvide su antiguo nombre de carne.

AUTOR: SERGIO DAVID REQUENA ROYERO

PAIS DE ORIGEN: VENEZUELA